

BARGIELA

INDIERNAG

2070

1
20,704



T_118

LUCIÉRNAGAS

(CUENTOS Y SENSACIONES)

POR

Camilo Bargiela



MADRID

Tipografía de J. Poveda

PRÍNCIPE, 24

1900

LUCIÉRNAGAS

(CUENTOS Y SENSACIONES)

Para Feliciano del Rayo

Tú que me conoces, sabes, amigo Rayo, que sólo á la amistad rinde mi alma vasallaje y pleitesía, por eso mi dedicatoria sincera y espontánea, como expresión de afecto, disculpa el escaso valor literario del libro dedicado.

No es nuestra amistad de época reciente, ni necesito de exaltaciones para que perdure, pero el libro será nuevo lazo que la estreche.

LUCIÉRNAGAS llamo á los cuentos y sensaciones que forman el

volumen, porque eso únicamente son: luciérnagas; gotas de luz con deleznable brillo y efímera existencia.

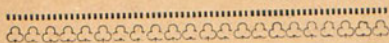
Y dadas estas francas explicaciones, que tanto debo á ti como al público, firmo el acta sin contar con el padrino, porque supongo que tú darás por bueno lo escrito.

Camilo.

Madrid, 1899.

PAVESAS

Para Augusto G. Besada.



PAVESAS

I

Una cascada de armonía vibrante y nerviosa hirió mis oídos; la alondra cantaba en la altura: amanecía. Apoyado en el alféizar de la ventana que se abre sobre el campo, contemplaba emocionado el despertar hermoso de la Naturaleza; hacía muchos años que no gozaba de ese espectáculo en horizontes y sitios tan conocidos y amados. A mi regreso, después de larga ausencia, fué mi único cuidado sa-

cuadirme la pereza y abandonar el lecho para sorprender aquella aurora mimosa y virgiliana. Esa sensación de frescura, diafanidad y belleza, la necesitaba para tonificar mi espíritu, combatido por torturas y quebrantos, sin causa próxima: amores muertos, esperanzas segadas en flor, falta de personas queridas, deseos irrealizables; amasijo, en fin, de penas y motivos de una complicación sentimental, que iba solidificando el dolor en lo íntimo del alma hasta conturbarla, sobrepasar pujante mi fuero interno y querer, egoísta y brutal, llenar los valles, montañas y rincones de aquella Naturaleza pagana, indiferente á los males humanos.

El sol, según la expresión del poeta, asomó como un titán cu-

rioso entre los montes; arrancó con sus rayos centelleos tembladores al rocío que esmaltaba el verde esmeralda de los campos y comenzó á ahuyentar la bruma de la noche, que difuminaba los contornos lejanos. Como ciudad fantástica, surgió entre las sombras Tyde la muerta: en la alto del cerro, donde se asienta, se destacaba hierática y cenicienta su almenada catedral, y trepando hasta juntarse á ella, casas de construcción diversa formaban conjunto abigarrado y pintoresco. El sol alegre y triunfante incendiaba galerías y ventanales con resplandores de brasa. En último término, la niebla impedía la visualidad, pero yo adiviné el sereno río que, envuelto aún en el cendal misterioso de la sombra, entonaba himnos balbu-

cientos y cristalinos para halagar á las ninfas, que se mecían voluptuosas en las trémulas ondas. Con curiosidad infantil dejé espaciar mi vista por los lugares conocidos y experimenté una sensación extraña y compleja de dolor y placer: el placer del retorno para renovar impresiones queridas y el dolor de la juventud que pasa para no volver más y se esfuma en los horizontes de la vida, iluminada por la triste y vagorosa luz de los recuerdos.

Las campanas de la catedral anunciaron el alba; á sus tañidos se exacerbó mi sentimentalismo y latió acongojado mi corazón: reconocí á los vigías de mi peregrinación adolorida: las que repicaron en mi nacimiento y entonarán á mi muerte elegía metálica y lacrimosa.

Ya más distintamente se dibujaban los boscajes que circundaban la adormilada ciudad. Los castañares oscuros y los bosques de pinos que surgieron de la bruma, reviviendo historias olvidadas, fueron causa de nueva tristeza y me sumieron en honda melancolía: la melancolía que, como *ritornello* de una sonata lánguida y amarga, daba vueltas en mi cerebro torturándole.

Recordé los verdes años y fui analizando, con intensidad afectiva, el despertar de mi alma á las sensaciones purísimas y adorables del arte. Bajo el toldo crujiente de los pinos, que cabeceaban dulcemente, modulando una canción no interrumpida, de idílica ternura, saboreé los versos sonoros de mis poetas favo-

ritos latinos. No se borrará de mi memoria la impresión de placidez que causaron en mi ánimo las lecturas de Ovidio y Virgilio. Las elegías de Ovidio me seducían con su tristeza lejana y honda, y en las noches azuladas, cuando *la alta luna guiaba sus caballos negros*, sentía los dolores y lloraba las desgracias del desterrado en el *Ponto*: los esculturales cantos de Virgilio eran calmante de mis nervosismos y las tardes tibias y tranquilas, recitaba con frenesí los versos robustos y dulces de las *Geórgicas*, en tanto oreaba mi frente el aura campesina, que traía empapada sus alas en la respiración afrodisíaca del heno y por las untuosas esencias de los frutos maduros, que azucaraba el sol en los pomares.

Largo tiempo después, cuando oí por primera vez la música del *Orfeo*, inspirada en uno de los episodios del poema, y llegaron á mi corazón los tiernos acentos del divino personaje, llorando la muerte de su amada *Enrydice*, mi alma regresionó rápidamente á pasadas épocas y mis labios balbucearon los cadenciosos versos del vate mantuano.

“Te, dulcis conjux, te solo in litore secum
te veniente die, te dece lente cauebat.”

Se borraron por un momento de mi vista espectadores y cantantes, me sentí transportado á estos parajes campestres y alcé en lo profundo de mi ser una oración al inmortal *Gluck*, que había hecho vibrar con tonalidades tan tiernas y pastoriles el dístico latino.

En un árbol vecino á la ventana, los pájaros madrugadores daban un concierto laberíntico, *tejiendo con sus gargantas* arabescos sinfónicos: trinos tremolados, arpegios inverosímiles y raros, píos tiernos y apasionados; diríase que la banda alada ensayaba la obra de algún músico extraño, que había arrojado sobre un pentágrama ideal las notas á puñadas. De pronto sonó un tiro, hubo estremecimientos de alas, y algunos *artistas* cayeron muertos entre las yerbas. Me asomé para increpar al autor de la fechoría, y distinguí, alegre y risueño, á mi buen amigo Alberto, que me arrancó de mi lirismo matinal con su charla franca, entrecortada por interjecciones rotundas:

- Me alegro que te encuentres

ya levantado; no hay más que poner el pie en un pueblo, para adquirir buenas costumbres. Ya verás, ya verás cómo en unos días te pones como una manzana y se te va ese color de barró cocido que traes de la Corte. ¡Claro! ¡Aquella vida, y especialmente la tuya!... Aquí lo sabemos todo. ¿Qué haces ahí, mirándome como un papanatas? Hoy te llevo á comer conmigo. ¡Baja!

No había medio de resistir *las intimaciones* de Alberto; bajé, me dejé estrujar entre sus hercúleos brazos y me emparejé con él, que prosiguió con su charloteo:

—Ahora verás á mi esposa Amalia. ¡Un encanto! Ella ya te conoce. ¡Le hablé tanto de tí! Además, leyó tus libros y los

juzgó admirables, pero muy perversos. Cuando tenga confianza contigo ¡te va á echar cada sermón! Apóyate en el muro y salta; así lo hice yo para escalar tu finca. Ya sabes el camino, si quieres ahorrarte tiempo. Mira mi casa; en el balcón está ella: Amalia.

Seguí con la vista el índice de Alberto, y en el fondo de un jardín, y medio oculto entre árboles, distinguí un *chalet rústico*. En uno de los balcones se dibujaba la silueta vibrante y armónica de una mujer que, formando pantalla con sus transparentes manos, burlaba los rayos solares para vernos avanzar por el camino.

Al llegar junto al balcón, Alberto me presentó á su esposa y pude entonces fijarme en Ama-

lia, encontrándola muy hermosa. Rostro ovalado, de líneas puras, ojos castaños y acariciadores, titilando flúido misterioso y enloquecedor, y carnes de nieve y rosa. Su crencha negra estaba partida al medio, peinada en bandas aplastadas sobre la frente.

En aquel instante, el aliento campesino de los sembrados abofeteó mi rostro con efluvios mareantes y fecundos, mientras el sol, en ardorosa armonía, rimaba sus estrofas de fuego con el verde lujuriente é intenso de aquella vegetación soberbia.

II

Yo no sé ni puedo explicarme cómo llegamos á las confianzas, pero lo cierto fué que Ama-

lia y yo pasábamos largas horas en dulces coloquios, exentos de pecado, aunque no muy lejanos de peligros que, en un principio, no podíamos, ni remotamente, sospechar.

Mi espíritu estaba muerto á las emociones, y melancolía negra y agotadora bañaba con pálidos reflejos mis tristes pensamientos. En esa tristeza, quizá, convergieron nuestras almas, y se confundieron en un sentimentalismo sedante y tranquilo.

Amalia, generosa y buena, quiso encender la antorcha de la alegría en mi camino para hacerme agradable la vida; su pretensión fué vana.

En el amor fundaba ella la esperanza de desterrar mi hastío y verme regresar á la placidez que acompaña á la edad juvenil.

Al trazar Amalia el cuadro de mi dicha, ahondaba, inconscientemente, mi desesperación, pues yo veía en las dos figuras que se destacaban del fondo, semejanza innegable con nosotros: sí, éramos nosotros, con las almas moldeadas para los mismos sentimientos, con idéntica aspiración ideal y con parecido matiz anímico de tristeza céltica.

Una noche la conversación llevóme á exaltación impulsiva, y sin poder ocultar por más tiempo mi amor inmenso, le pinté la felicidad de dos almas: las nuestras que, al encontrarse y conocerse, se funden en una sola, despreciando, por prosáicas y vulgares, las advertencias de una moral más tonta y anodina, que sincera. La luna dejaba caer sobre la tierra girones de su blan-

ca túnica, que aclaraban los maticos del jardín; en el ambiente nadaban los aromas de las flores que dormían sobre sus tallos, y al oído llegaba, tierno y meloso, el aterciopelado canto del ruiseñor, que ensayaba trovas de amor en la umbría del bosque cercano.

Sobre mi hombro apoyaba Amalia su cabeza; yo sentía el satánico orgullo del vencedor, mientras en mi cerebro se esclarecían con sonoridades cristalinas, los gorjeos del Don Juan nocturno y cegaba mis ojos el cabrilleo sideral, que palpitaba luminoso en el profundo azul.

El llanto resolvió la crisis nerviosa de Amalia, que me despidió para siempre de su lado, con la voz más velada por la pasión que por la cólera.

De regreso en mi casa, recordé la escena y resbaló lúgubramente sobre mi alma el recuerdo de lo pasado y sentí profunda tristeza: tristeza provocada por la muerte del placer apenas gustado; no la nacida del remordimiento, que yo estaba muy lejos de sentir.

De buena gana hubiera borrado, si fuese hacedero, la dulce historia, para poderla vivir de nuevo; comprendí la imposibilidad de mi deseo y pensé seriamente en abandonar aquellos lugares, ya que Amalia me negaba, con su determinación, el consuelo de ser feliz.

*
* * *

Silbó la locomotora y se precipitó locamente entre las som-

bras. Allá quedaba el pueblo convertido en un conjunto fantástico de masas informes. Las escasas luces que fulguraban aisladas, antojáronseme fuegos fatuos que volaban tembladores sobre un cementerio: el cementerio de mis dichas, mis esperanzas y mis recuerdos, *y el amigo burlado.*



Señor Juez
de guardia...



"Señor Juez de guardia..."

Apreté locamente con los dedos su cuello; ella se retorció convulsionada por movimientos desesperados, nerviosos, defensivos; todo en vano: vencí. Fué, agotadas sus fuerzas, desfalleciendo paulatinamente, y al poco rato cesó de moverse y quedó tendida sobre el lecho, con la rigidez característica de la muerte. Está macabramente hermosa: su cabellera rubia bordada de oro la blanca almohada, el óvalo de su rostro se perfila distintamente con líneas enérgi-

cas y puras, y entre los labios, ya exangües, brilla siniestramente el marfil de sus menudos dientes.

Por mi alma pasa una alegría indecible al verla muerta. ¿Por qué? No sé explicarme la causa de mi contento, pero yo estoy alegre, muy alegre. Apuro repetidamente el vaso de ajeno, que está sobre la mesa, y me dispongo á pasar la última noche de orgía en unión de *mi muerta*. Yo la quería con locura, porque era hermosa y fiel y buena. No me engañaba; su pasión era fuente inagotable de caricias adonde yo aplicaba mis sedientos labios sin lograr ver apagada la sed voluptuosa que, como reguero de fuego, percorría por mi espíritu, agitando mi organismo.

Siento ahora un placer íntimo que pulsa las fibras afectivas y levanta dentro de mí ser una armonía suave y misteriosa: algo parecido á las notas de bandolinas, oídas lejanas y suspiradoras en el silencio majestuoso de la noche; es la trova adolorida con que mi alma despide para siempre el espíritu de *mi Magda*. La canción triste va modulando melodías más vibrantes, tremola un arpeggio de dolor en mis vértebras y torna á languidecer en lo íntimo del alma hasta extinguirse, difuminada por una melancolía llorosa y dulce.

El llanto se agolpa á mis ojos y experimento el consuelo de haber matado á *mi Magda* cuando el amor coronaba de flores el lecho nupcial donde copulaban nuestras almas. En el fondo de

esta muerte se espeja la pasión. El amor no tiene Código penal, no castiga nada, pues no existen delitos en sus voliciones, deseos y hechos. Para que el juez de guardia no manche mi historia pasional con la prosa de un *sumario*, sólo encontrará al lado de mi cadáver, pues voy á matarme, esta carta confidencial; le suplico que considere este rasgo como el hecho de un loco y termine brevemente sus diligencias; de este modo callará pronto la *gacetilla*, no *harán psicologías los intelectuales*, ni buscarán romancistas y poetas asunto para sus labores. Odio estos cuervos que graznan desentonadamente alrededor de la muerte fantaseada y hermosa.

Mis alucinaciones fingen movimientos en el cuerpo turgente

y satinado de *Magda*, la miro fijamente, dispuesto á estrangularla de nuevo, si la vida le animara. ¡Felizmente está muerta!

Voy á besarla por última vez; quiero sentir en mis labios el frío que crispa los suyos. Esto dará serenidad á mi pulso para que no marre la puntería.


¡Oh, indecible gozo de morir amando y penetrar en la eternidad con las esperanzas en flor!

Señor juez de guardia...»

Estoy chiflado.



INGENUIDAD



INGENUIDAD

—¿Y ese imbécil, ya volvió?

—Pero, Ernesto, sólo considerando que es tan discreto al no mezclarse en nuestras *cosas*, debías ser más indulgente cuando hablastes de Antonio.

—¡Noto que le defiendes con mucho calor! Si no conociera á tu excelente marido, era cosa de tener celos de él.

—¿Celos tú?... El hombre distinguido que toma las pasiones como un juego, que no interesa jamás al corazón. Quédense los celos para los albañiles y demás gente vulgar que aún cree en el amor, tan desacreditado en nuestros días.

—¡Dolores!...

—No, no te defiendas; así es como *me resultas*, loco mío. Tu desahogo será fingido, lo tendrás por *pose*, quizá sea una exigencia del buen tono, pero te sienta muy bien. Para *amar en burgués*, me bastaba con mi marido.

—Pero, hija ¿otra vez vuelves á sacar á escena á tu buen esposo? Ten mejor gusto. ¿No ves que desentona el cuadro?

—Lo que quieras, Ernesto.

—Debemos olvidarnos del mundo para ocuparnos de nosotros. Hoy estás diabólicamente hermosa.

—Y tú rematadamente *cursi*.

—¡Burlona!

Sonó un beso, y la *chaise-longue* gimió agobiada por el peso de Dolores y Ernesto, que se

sentaron. Ernesto la miraba con el cínico desenfado que le había dado fama de atrevido y conquistador entre las damas, atuándose el enhiesto bigote, descaradamente levantado sobre sus labios abultados y sensuales. Dolores se extasiaba en muda contemplación, irradiando á intervalos sus pupilas verdes, valientes y crueles, tonos metálicos, donde se revelaba el erotismo que estremecía aquel cuerpo ondulante y nervioso.

Dolores se incorporó y trató de desasirse dulcemente de Ernesto, exclamando:

—¡Casi es de noche! Voy á mandar que los criados enciendan.

—No; con la luz del crepúsculo los crímenes adquieren cierta grandeza. Espera.

—Has hecho una frase. ¿Por qué no te dedicas á escribir novelas por entregas? Quizá te labraras un bonito porvenir.

Las risas de Dolores y Ernesto, francas y ruidosas, se mezclaron.

Reinó luego el silencio en la estancia.

.....
Ya brillaban las estrellas como globos de oro, presos entre las brumas de otoño, cuando Dolores mandó que entrasen las luces.

—¿Qué hora es?

—Las siete.

—Tarda hoy más que de ordinario *ese*.

—Hija, otra vez *ese*. Indudablemente te vas enamorando de tu manso compañero. ¡Tiene gracia la cosa!

Y Ernesto se rió con risa forzada y nerviosa.

—Lo que tiene gracia, es que tú estás celoso de Antonio.

—¡Yo!...

—Calla, Ahí está.

Sobre la pared se dibujó una sombra que se agrandaba, á medida que el ruido de pasos sonaba más distintamente en el pasillo que conducía al salón donde se encontraban Ernesto y Dolores.

A los pocos momentos apareció don Antonio, con su cara redonda y sin expresión, y su facha bonachona, adocenada é insignificante.

—Da gracias á tu amigo Ernesto, que me acompañó para ayudarme á matar el aburrimiento.

Ernesto y don Antonio se saludaron afectuosamente.

—Sí, amigo don Antonio, aquí me tiene usted cumpliendo gustoso un deber de amistad. Ya que usted llegó, dejó al feliz matrimonio entregado á las dulces intimidades del hogar.

Apenas había traspuesto Ernesto la puerta del salón, Dolores se levantó, echó los brazos al cuello de don Antonio, con desesperozos de gata, y dejó en los labios de su esposo un beso muy apretado.

Don Antonio se estremeció al influjo de aquel transporte de *su pequeña*, como él la llamaba, y Dolores se sintió muy feliz, únicamente porque engañaba al presumido de su amante.



POR EL HONOR



POR EL HONOR

Sentado frente de él miraba á aquel hombre con extrañeza.

Su cara fina, que encuadraba el pelo castaño, lacio, peinado en *tufos*, aplastados sobre la frente, le daban un aspecto repulsivo. Los ojos azules, muy azules, parados y vidriosos, prestaban una dureza á su semblante que indicaba los malos instintos dormidos en su alma.

Me hablaba con una charla incongruente, descosida y rota, pero con abandono tal, que delataba el placer íntimo sentido

al relatar aquel hecho, que había influido de modo tan eficaz en su vida.

—¿Por qué estoy aquí?... Por matar, no lo niego. Algunos compañeros se empeñan en decir que vienen por una *calunia* ó por una *mala voluntá*, engañando así al que los oye. Eso es una *primada*. Además, yo no tengo por qué avergonzarme. ¡Si saliera de aquí y me volviera á suceder lo que me sucedió, volvería á matar mil veces más!

Yo no maté por robar, no lo hice de *una manera fea*, sino de un modo muy *digno*: cara á cara y... ¡con *herramientas* iguales mi compañero y yo! ¡Me parece que esto es matar como Dios manda!

El que mata por robar es un ladrón; el que mata por la espal-

da es un cobarde. Yo maté como matan los hombres, por querer mucho á una mujer y *por derecho*. ¡Me parece que soy un caballero y que lo que digo es el *Evangelio!*

Sí, señor, por una mujer, por *una mala hembra*, que me sorbió el juicio y me *metió en las penas* que usted me vé.

¡Era tan bonita la muy... perra! Granadina, con unos ojos así de grandes y unas pestañas así de largas. Tenía una mata de pelo más negro que sus pensamientos y un cuerpo más fino que la seda. Después había usted de oírla *cantarse por siguirillas gitanas!*... ¡El acabóse!

Cuando María Jesús se *metía en juerga* y tenía *unas cañas en el buche* y se *cantaba de ver-*

dá... ¡á morir todos los *cantaos-res!*

¡Qué manera de decir aquellas coplas en las *siguirillas del cambio*, a la madrugada, cuando estábamos un *poco cargados!*... ¿Me entiende usted?... ¡el delirio!

Entonces oía yo con gusto hablar del verdugo y del patibulo. Me corrían unos fríos extraños por la espalda y *me se* crispaban las manos como si tuviera en ellas una navaja y enfrente un hombre, para partirle el corazón, porque me robaba su querer.

En ese momento hasta creía que ella adivinaba mis pensamientos y *presumía* de ser querida por un hombre de mi temple.

Yo me portaba con ella del modo más decente. Me *desapar-*

té de la otra, y de los seis reales que ganaba le daba cinco. ¡Me parece que esto es obrar como los ángeles!

Cuando Epifanio me dijo que María Jesús *me la pegaba*, y que yo era *un lila*, en poco estuvo que no lo matase. ¡Engañarme ella! Y... ¿con quién?... Con Pedro, el amigo de toda mi vida, casi mi hermano... ¡Mentira!

Sin embargo, desde aquel día sentí una comezón muy grande *aquí dentro* y empecé á fijarme en cosas que antes no *diquelaba*.

Para *arrematar*; una tarde, que no me esperaba, fui á casa y en ella encontré al Pedro y... ya no dudé... ¡los muy cerdos!

Salimos desafiados á la calle. Nos arremetimos con *hígados* y en un descuido *me colé* y le

clavé *la herramienta* hasta las cachas.

Volví á *mojar* otra vez y... otra, y otra más, y creo que aún estaría *dando gusto al brazo*, si no me sacara de mi *emperramiento* María Jesús que, entusiasmada por la *faena*, exclamó, sin poder contenerse:

—«¡Olé los hombres!»

Me volví á ella y terminé *la cosa* como estaba *indicada*; levanté el arma y le *corté la cara*. A los gritos acudió la gente, tras la gente vinieron los guardias; me prendieron, me llevaron á «la Modelo» y después de marearme con declaraciones y *juicios*, me trajeron á presidio, porque aún no había *eso* del Jurado, de donde tan bien cualquiera escapa.

Ella se portó muy mal; ni vino

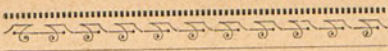
á verme desde los desmontes de la cárcel, ni comunicó conmigo los días de visita. En cambio *la otra*, la que abandoné por ella, se condujo de una manera muy cabal, con permiso del hombre con quien vivía, me visitaba y me traía tabaco en abundancia.

¿Que quién era esta buena *prójima*? Mi mujer legítima, caballero.



Werther moderno

Para Gustavo A. Builla.



Werther moderno

Por más que trataba de conciliar el sueño, el sueño huía de mis ojos y no quería mitigar con sus pesadas alas las incomodidades que sufría aquella noche en el destartalado cuarto de una fonda de lugarón, donde me habían llevado, por mi mala ventura, negocios urgentes.

Leí, por segunda vez, *El Imparcial*, sin perdonar la cuarta plana, y seguía despierto. Tiré el periódico y me resigné á pasar la noche en desesperante insomnio. Unos papeles amari-

lentos que asomaban por la abertura del mal cerrado cajón de la mesa de noche despertaron mi curiosidad.

Me apoderé, con avidez, del cuaderno, cuyas hojas indiscretas me pusieron sobre la pista de mi hallazgo.

Eran unas *memorias íntimas*, escritas con la espontaneidad de la pasión que obsesiona á los espíritus cultivados y soñadores.

Para que mi mala estrella siguiera aquella noche apurando sus rigores, las *memorias íntimas* estaban interrumpidas en el punto más interesante y dejaron en mi ánimo el deseo de averiguar la suerte del apasionado don Arturo de Vergara, pues este señor era el que firmaba el cuaderno.

Andando el tiempo, y cuando

tenía casi dado al olvido las dichas *memorias íntimas*, una noticia sorprendida por mí en un diario de la Corte, vino, sino á explicarme todos los incidentes de la aventura del señor de Vergara, á poner remate á las quejas del rendido galán, que en tiempos lejanos había trazado los desiguales y apasionados renglones de aquel cuaderno, que conservo en mi poder.

Copiaré las *memorias* y reproduciré el suelto del periódico madrileño, para ver si tú, desconocido lector, eres más avisado que yo y puedes reconstruir la historia que, á mi juicio, debió ser *sabrosa*.

«DICIEMBRE 20.

»Aquí me encuentro bien. Madrid recrudecía mis pesares. En

todos los sitios se avivaba el recuerdo de *ella*. Al estampar *ella* se crisparon mis dedos y vibró el acero de la pluma cual si fuera puñal blandido y tal palabra su corazón cruel. En estos movimientos espontáneos de cólera, conozco cuánto le amo. Ante mi conciencia y á solas conmigo puedo hacer esta revelación, que haría colorear mis mejillas de vergüenza si me oyera el mundo.

»¡Amarla, después de su conducta! Le ofrecía mi nombre, y el día que yo juzgaba fuera el más feliz de mi vida, huyó con un amante. ¡Y qué fiero orgullo sintió al cometer tal acción! Tengo bien presente su carta y las razones que alegaba: «Me mar-»cho con el hombre que amo, y »me considero feliz al deshon-»rarme, pues así le demuestro

»que le quiero hasta el deshonor.
»A ti te escribo para que, ante
»el amor que me enardece, te
»des por vencido y, volviendo
»espaldas al amor propio, des-
»eches celos que sólo servirán
»para ponerte en ridículo...»

»¡Cuánto le ama! Si el hastio llegara á posesionarse de su corazón y odiara al hombre que hoy ella adora, quizá la olvidaría; como veo su amor trágico, me enloquece y es mi continua obsesión ser dueño de sus afectos. ¡Vergonzosa condición humana que siente acicates de deseo ante la abyección y lo indigno!

»¿Será verdad que el tiempo mitiga los dolores? ¡Quién sabe! Yo sólo me explico que, envuelto en mis melancolias, siento el *placer de la pena* y que mi alma

se deleita con estos paisajes moribundos y brumosos, fondo adecuado para mis tristezas.

»El *Paseo* está situado en lugar estratégico para dar rienda suelta á los dolores, y resulta hermosamente macabro. Flanquean el bosque enmarañado y la vega de altas hierbas, donde se asienta, montes enhiestos, escalados en sus quebradas faldas por *perennes* pinos. No lejos del edificio un río, aumentado notablemente en su caudal por las lluvias y nieves del invierno, se despeña en hervorosa catarata con mugidos potentes y espantables. Sirven de *tornavoz* de sus acentos los montes cercanos y agrandados sus ecos en las cavidades del terreno, y dislocadas sus quejas al pasar encrucijadas, forma una melodía diabó-

lica y misteriosa. Ya canta himnos valientes y salvajes, ya llora con alaridos dulces y prolongados. Mi placer favorito es oír en el silencio de la noche sus extrañas melopeas. Entonces mi dolor se cierne soberano y olimpico, mecido por esa sinfonía agreste y sincera.

»Soplo á la luz para que las tinieblas obliguen á mi espíritu al recogimiento íntimo y, pensando en *ella*, pasaré toda la noche oyendo los acentos fantásticos de la corriente gemidora...»

«DICIEMBRE 23.

»Hoy el día amaneció tristón y brumoso. Nubes negras y alargadas huyen barridas por el viento. El sol anémico, al quebrar sus rayos en el horizonte

encapotado, hace juegos de luz extraños. Mi alma está ocupada con su recuerdo. Sus promesas, sus caricias y sus falsías, corren también por el cielo de mis ensueños como esas nubes empujadas en el horizonte por el viento. Dedicaré el día á la lectura. Mi libro favorito es el Werther. En época no lejana no comprendía yo la novela del poeta alemán. Juzgaba que tal fábula podía interesar únicamente á costureras mal alimentadas y poner el revólver en manos de seres afeminados y débiles. Hoy saboreo con deleite sus apasionadas páginas y late mi corazón al unisono del de Werther. Vencida ya la tarde, debilitados los rayos del sol, que entran, amarillentos y lúgubres, por las ventanas del salón, se

siente un placer indefinible al sumirse en esta lectura. Por la estancia flota una atmósfera adormecedora de quietud y reposo; los retratos de mis antepasados, que penden de las paredes, toman en la penumbra carácter misterioso y me creo que sus desvahidos y borrosos labios se mueven y me hablan de países ignorados, donde crece la flor del loto, y el no ser y la muerte aparecen como encantadas orillas para los náufragos de la vida. Tengo que hacer esfuerzos potentes de voluntad para apartar la vista del revólver que, encima de la mesa, brilla hipnotizante con reflejos niquelados. ¡También ese es la llave de mi prisión! La noche, protectora de mis penas, avanza y me acoge cariñosamente entre sus

sombras. Los dolores continuados van *cloroformizando* mi espíritu hasta hacerle insensible para los males que me apenan y conturban...»

«DICIEMBRE 30.

»No se mitigan mis melancolías. Mi amor hacia esa mujer crece con el tiempo transcurrido. Al pensar los felices que deben ser, y que la perversión puede que rodee sus amores de encantos, mi tristeza se ahonda en el alma. Me imagino verlos y hasta creo oír sus conversaciones; al pronunciar mi nombre, sus deliquios amorosos toman tintes infernales. La tarde está aterida: nieva. Los blancos cobos caen silenciosos y trémulos y besan la tierra, cubriéndola con frío sudario. La Naturaleza

parece que está muerta. El valle queda desierto. La vida se agita solamente en ráfagas: un canto lejano, el chirrido de una carreta, el piar de un ave. Y los blancos copos caen y caen sin cesar; cuelgan girones flotantes en los árboles negros y esqueletados, y rodean la cumbre de los montes con blancos cendales. El paisaje es de una blancura tan intensa, que la vista padece alucinaciones. Como cinta ondulante y negra, solo se destaca el camino que serpea hasta la ermita. Sobre la superficie húmeda, pátina la sucia luz del crepúsculo con fosforescencias lúgubres. Y los copos de nieve que se agitan con temblor epiléptico siguen cayendo persistentes y silenciosos. Blancos fantasmas envueltos en amplios ropajes,

pasan ante mi ventana, me hablan de *ella* y se pierden en la lejanía. Cierro las maderas y me dispongo á pasar otra noche de tristeza y amargura...»

«ENERO 2.

»No creí que su cinismo llegara á tanto. Hoy recibí carta suya. Lo que me dice aumenta mi exasperacion: «Te escribo para
»participarte mi viaje á Buenos
»Aires con el hombre predilecto
»de mi corazón. Con esto cumplo un deber de amistad. Sé
»que te has disgustado mucho
»con mi proceder, al irme con
»Alfonso Regúlez, y que te has
»*enterrado* en Galicia, por miedo de encontrarme en el mundo. Mi viaje te evita esta contrariedad...»

»Su carta produjo en mi espí-

ritu un fenómeno extraño. Se apoderó de mí una *acometividad impulsiva* que me obliga á tomar una determinación, que no sé cómo calificar. Mañana voy á la Coruña y embarco en el primer vapor que salga para Buenos Aires...»

.....

Quise seguir leyendo, pero mi pretensión fué irrealizable. Habían dado fin las memorias del señor de Vergara.

La noticia leída por mí en un diario madrileño, es la que transcribo literalmente:

«Por ser conocido en nuestros círculos aristocráticos el protagonista del siguiente lamentable suceso, cortamos de un periódico bonaerense:

«Hoy á las tres de la tarde la
»puesto fin á sus días, disparán-

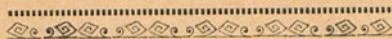
»dase un tiro en la cabeza, el co-
»nocado banquero español don
»Arturo de Vergara, que des-
»pués de diez años de asiduo y
»honrado trabajo, había conse-
»guido reunir una cuantiosa
»fortuna.

»Atribúyese tan fatal resolu-
»ción á pérdidas en Bolsa, según
»nos dijo su consocio y amigo
»don Alfonso Regúlez.

»¡Descanse en paz el ilustre
finado!»



N O C T U R N O



NOCTURNO

Ya cayó la tarde. La noche extiende sus sombras. La luna, *esa desmayada Ofelia que va por el firmamento deshojando miriadas de estrellas*, que dijo el poeta, presta con su luz blanquecina la vaga idealidad de las baladas al paisaje. La brisa sacude sus frescas alas cargadas de perfumes enervantes. El lago, dormido y quieto, brilla con fosforescencias extrañas lejos de la orilla. Rompe á intervalos el silencio temeroso y hondo, un can-

to lejano monótono y triste, de cadencias largas y suaves. En el ambiente azulado y tibio palpita el amor con estremecimientos cálidos y sensuales. Las sombras son las *discretas terceras* de las pasiones triunfantes y humanas. Ven, amada mía, yo siento por ti el amor sano que perfuma la juventud pasional y generosa. No encontrarás en mí el amor neurasténico y místico de los agotados. Yo quiero coronar tu frente con rosas abrigadas por el rocío y ceñir tu garganta escandalosa y blanca, *con un collar olímpico de besos*, como el poeta de la juventud alegre y varonil. ¿No oyes el canto del ruiseñor en la espesura? En sus notas graves hay ronqueras eróticas y trémulas, que evocan los apasionados delirios de almas

unidas por los lazos calientes de la pasión. La noche sigue su curso majestuosamente y silenciosa. Desde la ventana de la alcoba, santuario de nuestros amores, se percibe en el Oriente una mancha blanca y lechosa con que se anuncia la aurora. Sobre tu cara pálida y amarfilada se destacan, como símbolos queridos de pasión, ojeras oscuras y acardenaladas. Mira, ya arde en explosión de rayos de luz el Oriente. La noche huye para proteger con sus sombras los amores turbulentos por la extensión del mundo.

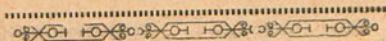
Las aves que habían enmudecido, creyendo que el sol se había apagado para siempre, cantan locas de sorpresa. La brisa matinal trae envuelta en sus alas vibraciones magnéticas de amor.

La Naturaleza entona un himno á la Materia inmortal.

Cerremos las maderas y esperemos á la noche, protectora de nuestras locuras, para que preste majestad y poesía á nuestros delirios.



AMOROSA



AMOROSA

Y el tiempo pasa, y tu recuerdo no se borra de mi memoria. Lo esculpió la pasión con buril de fuego en mi alma, durante aquellas noches de amor apasionadas y soñadoras, anhelantes y tristes. Me hipnotizaba el fulgor extraño de tus pupilas negras, muy negras, de simplicidad primitiva, que delataba el origen de tu raza cruel y voluptuosa.

Por tus venas corría sangre zingara, y tu indolencia olímpica y tu imaginación de aluci-

nada y hechicera, poblada de visiones espantables, lo demostraban. Entonabas aquellas canciones monótonas y tristes, con trémolos avasalladores de pasión, y yo me dormía sobre tu seno enloquecido de amor. La hermosura selvática de tu semblante me atraía y dominaba. Tu cabellera negra, de tonos metálicos, crespada é indomable, era digna de una diosa de las teogonías orientales. El espíritu errante que dormía en tu ser, te separó de mí. Yo te vi partir con alegría: mi alma inquieta amaba también cambiar de sentimientos, en su afán irrealizable de encontrar lenitivo á la tristeza de la vida que le abate y consume. ¡Y sin embargo había puesto en ese amor todos mis nervios y toda mi sangre! Hoy, después

del tiempo transcurrido, te recuerdo y te deseo. Evoco con pena aquellas noches enrojecidas por tu pasión vibrante, y suenan, con debilitados ecos, en mis oídos las canciones de acentos suaves, que me sumían en éxtasis y despertaban en mí ser la visión idílica de los días lejanos de tus ascendientes en parajes misteriosos de la India. Tus cantares quejumbrosos eran el psalmo elegíaco de una raza vencida, que peregrina al azar por el mundo, llenando de sombras el sendero que huella... ¿Dónde estarás?... Seguirás tu fatídico sino: amarás al acaso y vagarás errante, dejando un desengaño en el lecho frío que abandonas.

Yo sólo sé decirte que recordaré siempre tus ojos negros,

muy negros, donde fulguraba
aquel extraño brillo, que evoca-
ba las oscuras ordas del Zind,
heridas por un rayo de luna en
las serenas noches asiáticas.





ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Pavesas.. .. .	9
Señor Juez de guardia.....	27
Ingenuidad.....	35
Por el honor.....	43
Werther moderno.....	53
Nocturno.....	69
Amorosa.....	75

Modernistas
y anticuados.

MODERNISTAS Y ANTICUADOS

I

La palabra *modernista* está escrita sin intención de molestar á nadie, y hago esta aclaración, pues de sobra se me alcanza que hay algunos señores tan apegados á lo rutinario, que les excita la bilis el uso del vocablo.

En la sociedad española, considerada como un organismo, los centros nerviosos é intelectuales son tan pacatos y pobres, que apenas si pueden tomarse como elemento dinámico apreciable. Constituyen estos centros, y casi huelga la advertencia, los ideólogos (artistas y pensadores).

Están los *intelectuales* españoles irremisiblemente separados en dos ramas: *modernistas*, que significa tanto como espíritus expansivos abiertos á todas las corrientes científicas y artísticas, y otros varones que yo llamo *anticuados*, por no denominar con adjetivo más fuerte y gráfico. No hablo de los *decadentes*, por ser estos *perturbados* de la exclusiva competencia de los médicos especialistas en desequilibrios mentales.

Si, andando el tiempo, esta separación determina el *casus belli* y se da la *batalla*, aspiración justificada de la gente culta, lo viejo caerá, sin gran estrépito, y España seguirá su destino de modo más desembarazado.

Circunscribiéndome á la literatura, único asunto que puedo abordar, advierto en ella corrientes determinadas. En el fondo de *las letras españolas* se nota un espíritu marcadamente revolucionario, y nace

esta tendencia como reacción sana y provechosa contra el estado de injusticia que se agita en nuestra vida social.

Lo *mediocre*, y muchas veces lo *malo*, se abrieron paso y llegaron á escalar las alturas, provocando odio seleccionador que promete dar al traste con esos ídolos falsos, que descubren su idiotez á pesar del incienso propinado por cuatro mercachifles disfrazados de sacerdotes y mantenedores de tan irritante culto.

Estos son los que han inventado la palabreja, usada en concepto despectivo, y la lanzan para zaherir á los jóvenes y no jóvenes que por su mérito y obra están á la cabeza del grupo.

Cerrando los ojos á la evidencia, pretenden estos detractores hacer partícipes de la culpa, en las desgracias de la patria, á la juventud, y en su delirio vesánico maldicen de los *intelectuales* presentes. ¡Olvidan, por conveniencia, que la literatura fofa y

sin ideal fué lo que deprimió el carácter y nos llevó á lo prosáico é indigno! Excepto algunas personalidades respetabilísimas, puede afirmarse, sin temor que nadie lo desmienta, que la generación pasada fué detestable, y la herencia moral legada tan exígua y humilde, que no basta para vivir con decoro en el concierto europeo.

No hay quien pueda negar la superioridad de los escritores de ahora sobre los pasados.

Los anteriores que aún *triscan*, desgraciadamente, en gran número por periódicos y revisiones los mantenedores de la *redondilla fácil* y el *chiste macedado y epiléptico*. Su anodina estolidez ha embrutecido á muchas medianías que, deslumbradas por el éxito (?) alcanzado á poca costa, se lanzaron por esos *trigos literarios*. Yo recuerdo, con dolor, la era de los semanarios con *monos* y... *monerías*; se hizo creer que aquello era li-

teratura y arte, y muchos jóvenes desaprensivos y sin *temperamento*, al convencerse del poco esfuerzo que se necesitaba para *tamañas levitaciones imaginativas*, al *fecundo* calor del quinqué no dieron paz á la mano é inundaron el papel impreso de *ópimos frutos*. ¡Se *rimó* el sentido común y se pusieron en circulación vulgaridades dichas en la *santa intimidad* de la mesacamilla!

Yo no olvidaré jamás los apuros que pasaba para adivinar, sin leer la firma, de quién era el versito soso, *plano* y machacón. Se escribía con una igualdad aplastante, el amaneramiento era perfecto, los dislates, unánimes, como los *cisnes en el lago de azur*, que nos describe un inspirado poeta americano, cuando se deja de *paganismos* exóticos.

El modo de *laborar* era sencillísimo: se *tomaba* de cualquier calendario un chiste, que se reservaba siempre como *bomba*

final, y se procedía á fabricar el *andamiaje* del verso: primero venía el *ripio*, después seguía el *cascode* y... no iba el versificador á presidio, porque la lenidad de nuestro *Código Penal* no castiga, *por ahora*, los delitos contra el sentido común.

Estos *criminales* literarios son muchos de los que hoy se dan tono de jefes, y recuerdan ciertos generales que deben sus entorchados, no á las batallas ganadas, sino á la antigüedad.

Los *papirotazos* contra esos *fantasmones*, están indicados, pues hay que hundirlos en la masa anónima, porque estorban y embrutecen. La característica de tales *forzados* es la actividad, quizá por la gimnasia de pies, y algunos se han apoderado de la prensa, *tallan* en el teatro y hacen pinitos en la gaceta con pretensiones, que denominan fantásticamente crítica.

Muy semejante es nuestro estado actual al que precedió en

Francia al moderno renacimiento literario, y pone en lugar preeminente á la vecina República. Existe semejanza en la acción malsana, pero no hay paridad en la reacción salvadora, y nuestra regeneración es lenta y laboriosa. A tal fin debemos encaminar nuestros esfuerzos, porque lo mismo en el orden físico que moral para restablecer el equilibrio, la reacción tiene que ser igual y contraria á la acción.

En Francia hubo acometividad en el elemento joven, y el éxito coronó el generoso esfuerzo.

Un luminoso estudio crítico de *Camille Maclair* hace notar aquella lucha y las ventajas reportadas por el choque entre los modernos y los antiguos: la pleitesía rendida á la superioridad del talento, el aplauso para el arte puro y el hecho de que sean *clases directoras* las personas que pueden, en caso determina-

do, ejercer dictaduras intelectuales.

Al trabajo de *Mauclair* voy á referirme, para deducir consecuencias al estudiar nuestros ideólogos.

Deshecha la historia francesa el año setenta á cañonazos, la juventud reflexionó y, acallando estériles plañiderías, comprendió su misión regeneradora, y á ella fué decididamente.

Abominó del proteccionismo científico y, despreciando los insultos de patrioterros, comenzó á profundizar en el pesimismo alemán, sostenido por *Schopenhauer*, sacando de tales estudios exaltación para *adquirir carácter* y las bases donde asentar la *moral individual*; siempre ansiosa de descubrir horizontes analizó el *determinismo* de *Taine*, por espíritu de concordia trató de conciliar el *positivismo* de *Claude Bernard* con el *optimismo* científico de *Renan*, y después de pasar por los *idea-*

lismos de *Novalis* y *D'Emerson*, llegaron muchos, atraídos por su espíritu altamente literario, á los conceptos ardientes, paradójicos é individualistas de *Nietzsche*.

Con todos estos elementos filosóficos se matizó el alma francesa moderna y se puso en condiciones de apreciar finalidades grandes y atrevidas.

La filosofía, afirmando el individualismo sobre el socialismo, daba alientos á los jóvenes para la lucha; así es que, cuando la burguesía, enemiga de toda innovación, les acusó de *snobs dilettantes* y antipatriotas, ellos contestaron, fieles á sus principios de expansión artística, ensalzando á *Wagner*, aplaudiendo el teatro de *Ibsen* y mostrando aficiones á la extraña y mística novela rusa.

Sólo por espíritu de protesta, sin sentir el *militarismo*, aplaudieron á *Boulangier* porque estaba enfrente del parlamentarismo.

mo, y esto se vió claro cuando para combatir hegemonías militares y castas determinadas, y ensalzar las ventajas de la nación armada, único principio viable en las verdaderas legislaciones democráticas, estudiaba M. Descaves las costumbres y defectos del subteniente en *Sous-Offs*, y encaminadas al mismo fin escribían, ente otros muchos, M. Abel Herman su *Cavalier Miserey*; Darien su *Biribí*; MM. Marguerite su *Desastre*, y Zola su *Debâcle*.

Fué más allá la juventud francesa, excluida por rutinarismo de los periódicos de gran circulación buscó albergue en los semanarios que sustentaban ideas extremas, y el inteligente *Zo d'Axa* reunió en *L'En-dehors* una brillante redacción, y allí escribió M. Mirbeau su violento *Elogio de Ravachol*, la *Societé Nouvelle* propagaba la causa de la anarquía teórica con colaboradores del fuste de los

Reclus, Kropotkine y Sebastián Faure y se leían con avidez, por su importancia literaria, los suplementos de *La Revolte*, fundada por Juan Grave.

Si del periódico pasamos á la novela, se ve más patente este espíritu de protesta: Paul Adán sostiene sus bríos de polemista en la *Critique des Mœurs* y en *Le Tromphe des Mediocres*, Lecomte destaca cruelmente las intrigas políticas en *Les Valets*; Barrés sostiene sus tendencias descentralizadoras en *Les Déracinés*, y los hermanos Rosny, con su criterio avanzadísimo, después de haber descrito de una manera sugestiva y brillante las costumbres de *clubs* y mitins *grevistas* en *Le Bilateral*, y Marc Fane y otras novelas, lanzan *Les Ames perdues*. En el prólogo de esta obra manifiestan los hermanos Rosny sus creencias artísticas; la moral, en su criterio, debe imponerse y reemplazar á lo dramá-

tico y descriptivo en los trabajos literarios; la novela así sentida la llaman ellos *novela interior*. En *Les Ames perdues* exponen el conflicto entre la idea y el acto en el sistema nervioso de un inquieto y apasionado moderno. La meditación del anarquista Beyssieres, después de la condena, encierra el concepto sintético, perfecto y significativo de la anarquía contemporánea.

No deja de tener alta importancia la crítica de las costumbres privadas hecha en todos los órdenes; la burguesía se vió, con sorpresa amarga, retratada con sus ridiculeces en el *Teatro Libre*, pasó por el lápiz de Forain, fué materia de estudio en los brillantes cuentos de Maupassant, y en las obras de Anatole France, Hervieu, Fabre, Donnay, etc., y sufre la cruel crítica de los diálogos nerviosos de Lavedan y madame Marni.

Al tomar como punto de partida para defender los *moder-*

nistas, el estudio del «Espíritu revolucionario en la literatura francesa contemporánea» de mi homónimo Mauclair, lo hice con la sana intención de infundir bríos á la juventud, señalando las favorables consecuencias que pueden tocarse si se aperci-be á la lucha.

Duéleme en el alma tener que reconocer defectos entre los mismos objetos de mis simpatías, pero conste que si señalo defectos es con el propósito de verlos desaparecer, y que mi creencia en la superioridad de los *modernistas* es inquebrantable.

II

Quien observe la vida literaria madrileña, y á ella me refiero por ser la que veo más de cerca, se da al momento cuenta del estado deplorable de nuestro intelectualismo.

En España, salvo raras excepciones, se toma la literatura ó

por *sport* de gente rica para darse tono de ilustrada, ó como *modus vivendi* para luchar por el garbanzo, llamándose literatos individuos que tienen condiciones inmejorables para agentes de negocios y honradísimos horteras.

Los primeros trabajan por el honor, no cobran, y de este modo encuentran sitio para sus *lucubraciones*, estorbando á la gente que vale y perjudicando con sus banalidades; los segundos causan el mismo efecto moral y encanallan el arte.

Entre los escritores de *temperamento*, se interpone casi siempre un *banco* de estos *adorables bivalvos*, que rompen el circuito y esterilizan las *empres* levantadas.

En los cafés, observatorio cierto de todas las manifestaciones españolas, se patentiza lo afirmado, analizando la composición heterogénea de los grupos artísticos: unos cuantos literatos

en *clase de astros* y como centro de aquel *sistema planetario*, los *satélites* de los encumbra- dos, satélites de los satélites, y así en escala descendente, hasta llegar al curioso ó desocupado, que también tiene su puesto *con voz y voto* en tan extraño cónclave. Para atajar torcidas interpretaciones, haré constar que los amigos tienen puesto por *derecho propio* en cualquier sitio y *componen muy bien*, según aseveración de un pintor, en toda clase de reuniones.

El espíritu que domina en tales grupos es deplorable; yo oí decir *crueldades* á más de un pollo imberbe, de ojos candorosos, y sostener *paradojas*, para deslumbrar oyentes impresionables, á *poseurs* sin gracia ni relieve. Cuando sube la ola y llega el *pleamar* de la vulgaridad, se corre peligro de ahogarse en un aburrimiento desesperado. En tales ocasiones, pido á Dios que mi antiguo condiscípulo Valle-

Inclán nos cuente alguna de sus fantásticas aventuras en *Tierra caliente*, actúe de *piadoso* Benavente, ó nos descubra *algún* genio Pío Baroja, con afirmaciones rotundas y al compás de la *meloepa* terrorífica de su *formidable cayada*, al chocar con la contera en el suelo.

Allí, sin embargo, en aquellos grupos, existe fuerza latente, fermentación artística, que llega á tomar forma plástica algunas veces, y otras, desgraciadamente, se pierde en longomaquias oratorias.

En ocasiones, depende esta quietud del *dilettantismo* malsano que agota é infecundiza los espíritus, pero en la generalidad de los casos hay que achacar tal atonía, al público que acoge con despego las obras artísticas de alientos y muestra sus amores por las mediocres y ramplo-nas.

Editar un libro es correr los azares de la aventura y expo-

nerse á perder el dinero. Los libreros no dan asilo en sus escaparates más que á los volúmenes de autores confirmados por el *espaldarazo* propinado ó por los críticos *militantes*, ó por el sufragio de los lectores. ¡Hay que acatar la ley de las mayorías, aunque se equivoquen!

Si tras de la vitrina muestra descaradamente su lomo algún ejemplar firmado con nombre que *no suena*, esta es la palabra, ya se puede pensar en el tanto por ciento subido, que cobró el *expositor* magnánimo por el señaladisimo favor de permitir figurar el *intruso* en compañías muchas veces peligrósimas y nada honrosas.

Estantes con libros y más libros, que pregonan la estultez boyante y provocativa, y si por *aquellos arenales... escritos* no soplara de vez en cuando las auras puras de los trabajos de Campoamor, Valera, Galdós, Palacio Valdés y otros *patriar-*

cas respetables, era cosa de pensar en sustituir los abonos que alimentan las tierras por el papel impreso.

Los editores, aun los llamados inteligentes, se complacen en repetir las *lucubraciones* de los *autorizados*, causando dos males al mismo tiempo: cerrar la puerta de la publicidad á los jóvenes y desenterrar trabajos de los *confirmados*, buenos ciertamente, pero que no expresan, por ser de época pasada, modalidades nuevas en el *maestro*.

Hay lector poco avisado, que comenzó el conocimiento de un literato por sus últimas obras y terminó por las primeras, sugestionado por el *libro acabado de imprimir*, y dice muy orondo que tal autor está en la decadencia y escribe peor que en los comienzos de su carrera.

¡Beneficios alcanzados por editores que se empeñan en repetir y explotar la fama de un nombre!

Las obras completas de un autor le ensalzan y presentan grande y armónico; los trabajos aislados le perjudican. El *zig-zag* hace perder la visualidad serena y reposada.

A tales editores hay que *cultivarles* y tenerles presentes para pagar, en sazón y tiempo, con amores, sus desinteresados cariños actuales.

La culpa de tales tropelías la tienen, en primer término, los escritores jóvenes de arrestos que consienten, *por omisión* en el trabajo, que las medianías bullan y escriban, formando así el ambiente de pobreza literaria que educa al lector en la costumbre de la tontería; en segundo, críticos con autoridad que, por excitación nerviosa ó adaptarse al espíritu de la publicación donde colaboran, dicen cosas increíbles.

Clarín llegó á escribir que envidia la gracia de Arniches. Sin negar el ingenio del aplaudi-

do sainetero, creo que el catedrático ovetense hace mal en poner como meta de su *humorismo* los chistes zarzueleros.

No, don Leopoldo, no está bien que usted ensarte nombres y nombres, algunos bastante dudosos en materia artística, para demostrar que con ellos se hace un periódico y abomine, vergonzantemente, de gente prestigiosa que probó sus alientos y tiene derecho á *trato de nación más favorecida* por concomitancias fáciles de comprender, con el temperamento literario del señor Alas.

Esos que usted olvidó fueron los que disculparon á *Teresa*, leen sus *Paliques* y aplauden algunos de sus cuentos y novelas.

Nosotros no nos explicamos los entusiasmos infantiles y lugareños del Sr. Alas, pues le apreciamos bastante para compararle con el *insoluble burgués*, que juzga superior, en su

dorada medianía, lo de *casa* á todo lo del mundo.

Sentimos verle por tales verdades, y esperamos que regrese á sus *antiguos lares*; mas si persiste en su equivocado empeño, no habrá otro remedio que decirle adiós y desearle feliz viaje. Hay que contarse para saber los que somos; sin arrogancias, pero sin desmayos, debe irse ciñendo el campo para acotar á *los intrusos* el terreno de la imbecilidad, y dejarles allí su risible imperio.

Gente para la fácil empresa no falta; yo sé cuál es, la conozco; pugna por salir su nombre á mis labios para pregonar de nuevo la superioridad de los *modernistas* sobre los *anticuados*, que aún *piruetean* por periódicos ñoños y revistas de *boudoir*.

Hay que cerrar los oídos á pesimismos injustos, propalados por algunos espíritus secos y agoreros. ¿Que no tiene valor la

juventud actual? ¿Que es decadente? ¿Anodina? Compadezco la miopía intelectual de los que así opinan ¿No significa nada Benavente, autor dramático de enjundia? Leed sus comedias, y al través del diálogo nervioso y flexible veréis satirizada la burguesía con implacable crueldad. El *dandinismo* ático que constituye la modalidad de su estilo, no le hace caer en el *salto lírico*, al alcance de cualquier medianía y propio de los *tiempos heroicos* de la literatura. En eso estriba el mérito de *su obra*. Unos matan con navaja, otros prefieren el florete; el efecto es igual. Y á continuación de Benavente pueden citarse numerosos nombres: Valle-Inclán, descendiente artístico de Bocaccio ó el Aretino, que con santo horror al *elemento céltico* de la lengua, declara la guerra á las preposiciones y hace cuentos, modelos de galanura y buen decir; Pío Baroja, el enamorado de las *vidas hu-*

mildes que destaca con un vigor asombroso; Rueda, Ricardo Gil y Eduardo Marquina, poetas briosos, con matices delicados de ternura; Blasco Ibáñez, Alejandro Sawa, novelistas que en la representación de la realidad llegaron á lo trágico; Palomero, satirico de la cepa clásica castellana; Lerroux, *panfletista* lirico, sugestivo, vehemente; Navarro Ledesma, Altamira, Carretero, Fuente, Contreras, espíritus cultos y sutiles; Dicenta y Manuel Paso, que ahora distraen desgraciadamente sus grandes condiciones con empeños zarzueleros; Bonafoux, Luna, Rovira, cronistas brillantes y encantadores; Costa, Maeztu, Alonso, y Orera, Martínez Ruiz, que atacan con criterio amplio de seriedad cuestiones de todos órdenes; Cuellar, Orts-Ramos, neurósicos adorables; Martínez Sierra, Villaespesa, dos niños casi que ya han esgrimido con fortuna y empuje sus armas de litera-

tos, y otros nombres que ahora no acuden á mi memoria.

Como me refiero solamente á literatos que escriben en castellano, omito gente de tendencias *modernistas*, que figuran en primera línea como mantenedores del arte puro y elevado.

De otro modo sería imperdonable el olvido, pues su personalidad se destaca con sobrado relieve para pasar desapercibida. Con nombrarles basta: Gual, Rusiñol, Maragall, Iglesias, Costa, Jordá, etc., etc.

Con ser tantos y de tal valía los *modernistas* citados, yo deseaba más gente; gente que, á no dudar, existe aún desconocida. Sin dar calor á la romántica leyenda del *genio olvidado en la aldea*, yo quiero creer, y de hecho creo, pues conozco algunos, en jóvenes que aún no recibieron su bautismo artístico y formarán el contingente de retaguardia que acudirá en nuestra

ayuda para todas las empresas grandes.

La juventud con sus arrestos impulsivos, su espontaneidad y la frescura de impresiones, hace falta, mucha falta.

El arte con hilo de luz unirá las almas, y poniendo en ellas la fe del iniciado nos hará emprender la desconocida senda. El psalmo santo del arte, vibrante en nuestros labios, será nuestro himno de lucha, y en movible reguero seguiremos la ascensión penosa, dejando girones de nuestras esperanzas entre las zarza de los desengaños y apartando la vista de los compañeros que nos abandonan en la peregrinación y llenan de sombras, con sus cadáveres, los bordes de la dolorosa vía.



La boquilla de ámbar, juguete
cómico en verso. (1)

Florín quince principal, sainete
lírico, música del maestro
Cotó. (2)

Agencia Universal, zarzuela có-
mica, música de los maestros
Calleja y Lleó. (2)

EN PREPARACIÓN

Campesinas

(Narraciones cortas).

EN PRENSA

Mi gente. (Esbozos y retratos).

Dibujos de Sancha y Leal da Cámara.

(1) En colaboración con Miguel Salcedo.

(2) Idem con Alfonso Tobar.



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



11032684 12

8 9 8 0 9 5 8 3 5 0 8 9

